

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 3

La Misión *ad gentes* en la vida de la Iglesia



Tema 1

LA IGLESIA LOCAL, SUJETO
DE LA MISIÓN *AD GENTES*

PRESENTACIÓN

La recuperación de la idea y de la experiencia de la **Iglesia local** constituye uno de los fenómenos más significativos en las últimas décadas dentro del ámbito de la Iglesia católica. Éste es uno de los rasgos más notables del nuevo rostro de la Iglesia presentado por el Concilio Vaticano II.

Esta novedad ha permitido a la Iglesia católica descubrirse como una **Iglesia mundial**, presente en todos los continentes a partir de las respectivas Iglesias locales. Por razones teológicas e históricas, es corriente hoy hablar de “**comunidad de Iglesias**” (AG 19) o de “**cuerpo de las Iglesias**” (LG 23) para definir a la Iglesia católica.

La realidad de la Iglesia local se encuentra profundamente vinculada a la **misión universal**, a la misión *ad gentes*. La Iglesia local viene a la existencia gracias a la acción misionera, y cada Iglesia local debe asumir su propia responsabilidad cara a la misión universal. La Iglesia local existe en el dinamismo que va de la evangelización local a la evangelización del mundo entero. La Iglesia local existe gracias a ese dinamismo al que debe darse.

Las Iglesias de las que se habla en el Nuevo Testamento ofrecen un testimonio admirable de la fe compartida, de la comunión con otras Iglesias y de la sensibilidad para atender a las necesidades de la evangelización universal. **Cada Iglesia particular se ve como fruto de una evangelización previa que la ha hecho nacer para que, a su vez, se entregue a la misma dinámica evangelizadora.** En este proceso irán surgiendo nuevas Iglesias jóvenes que, también por su parte, deberán comprometerse en la acción misionera. Toda Iglesia particular debe vivir en estado de misión y establecer, como criterio de toda su organización y de su pastoral, la misión universal.

El futuro de la Iglesia y el futuro de la misión pasan por la Iglesia local y su compromiso misionero. La vitalidad de las Iglesias se expresa en la vitalidad del dinamismo misionero; a su vez, el dinamismo misionero alimenta el dinamismo de las Iglesias locales.

En este tema se pretende ofrecer algunas reflexiones sobre el proceso de redescubrimiento y de afirmación de la Iglesia local, presentando su identidad y descubriendo sus implicaciones y exigencias misioneras.

Desde la realidad

1. Cuando hablamos de “Iglesia local” nos referimos a la diócesis. ¿Conoces la historia de tu Iglesia local? ¿Cuál fue el origen de tu diócesis? ¿Quién anunció el Evangelio?
2. ¿Conoces su organización actual? ¿Qué conocimientos tienes de su funcionamiento? Conviene nombrar, constatar la diversidad de personas que formáis tu comunidad.
3. ¿Crees que tu diócesis está abierta a los signos de los tiempos y a la misión universal? ¿En qué lo notas? ¿Cuáles son las actividades más importantes de tu Iglesia local?

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. El redescubrimiento y afirmación de la Iglesia local

El redescubrimiento de la Iglesia local ha sido posible, en gran medida, gracias a la actividad misionera. Durante muchos siglos la concepción de la Iglesia era unitaria y, por ello, centralista. La Iglesia católica parecía como una inmensa diócesis, gobernada por el Papa, el cual nombraba una serie de delegados para que administraran las diversas circunscripciones eclesiales.

Esta perspectiva tenía sus repercusiones a la hora de entender la acción misionera: el Papa aparece como responsable último de la actividad misionera, y la Congregación de Propaganda Fide como la responsable de animar y coordinar las diversas actividades misioneras de la Iglesia.

La imagen unitaria de la Iglesia y el oscurecimiento de las Iglesias locales era un hecho que se fue imponiendo a lo largo del segundo milenio. Sin embargo, en el siglo XX cambió por completo el escenario. Varios fueron los factores que contribuyeron a este cambio: el movimiento litúrgico, la necesidad de evangelizar desde lo concreto una sociedad en proceso de descristianización, el avance del diálogo ecuménico, la recuperación de la doctrina de la colegialidad episcopal.

Pero hay, sobre todo, dos factores que inciden más en la revalorización de la Iglesia local: por un lado, el contacto con los estudios de la antigüedad cristiana, que fecundaron la renovación de la teología y que descubrieron los pasos de expansión y de consolidación de determinadas comunidades eclesiales; y, por otro lado, el éxito de la actividad misionera de la época moderna, que provocó que las antiguas "misiones" fueran siendo reconocidas como Iglesias y que se afirmaran como tales.

La afirmación de la Iglesia local ha sido fruto del Concilio Vaticano II, que situó a la Iglesia en el horizonte de una responsabilidad misionera que debía ser contemplada a la luz del despliegue del misterio del Dios trinitario (ver carpeta 1, tema 1). También la Iglesia local recibió su carta de naturaleza en el seno de una Iglesia vista como comunión y como misión. Fue precisamente dentro del debate conciliar donde la Iglesia local fue adquiriendo una importancia progresiva y un protagonismo creciente.

El Concilio Vaticano II ofrece una definición de Iglesia local y muestra los elementos necesarios para comprender su identidad teológica y el carácter de su relación con la Iglesia universal. Es en el decreto *Christus Dominus* donde aparece la definición más precisa: *"La diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la cooperación de los presbíteros, de forma que, unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una iglesia particular y en ella está verdaderamente y actúa la Iglesia de Cristo"* (CD 11)

La Iglesia local y la Iglesia universal no deben ser entendidas como magnitudes separadas o yuxtapuestas, sino unidas en virtud de una recíproca interpenetración: **la Iglesia una de Jesucristo existe en y a partir de las Iglesias locales, y cada una de éstas está formada a imagen de la Iglesia universal** (LG 23). De este modo se salvaguardan la unidad y la comunión, a la vez que se abre el espacio para el protagonismo de cada una de las Iglesias.

La enumeración de los elementos constitutivos de la Iglesia local muestra el dinamismo misionero que los hace posibles:

– Un grupo humano, es decir, personas bautizadas, que constituyen el lugar antropológico de la Iglesia.

– El kerigma o anuncio del Evangelio, proclamado por un misionero venido de fuera, al cual responden los hombres y mujeres que se constituyen como la Iglesia del Señor Jesús.

– El Espíritu que se va abriendo un espacio humano como templo de Dios, que da fuerza al anuncio del kerigma y que distribuye los carismas.

– La Eucaristía presidida por el obispo, en cuanto sucesor de los apóstoles, como actualización del misterio pascual y anticipación de la reconciliación escatológica que supere las decisiones de este mundo.

II. La Iglesia local nace con la misión

La Iglesia, cuando comienza a constituirse en un determinado lugar, tiene la clara conciencia de haber sido enviada a aquella sociedad: no se identifica con todos los habitantes de ese lugar, y esa “distancia” es la que abre el horizonte de la misión.

La conciencia de misión y de envío que une en un proyecto evangelizador a los creyentes facilita la per-

sonificación de la iglesia como tal (2 Jn 1,13) y la identificación del “nombre” o carisma que la caracteriza (cf. Ap 2,17) y que es el que tiene que desarrollar el cumplimiento de su misión y del testimonio que ha de aportar.

El ejemplo de **la Iglesia en Antioquía** (Hch 13, 1-3) es un ejemplo del crecimiento y maduración eclesiológicos, desde la respuesta a las urgencias de una misión sin fronteras: todos los cristianos de aquella Iglesia imponen sus manos a Bernabé y Pablo para expresar que es la Iglesia en cuanto tal la que realiza su responsabilidad misionera a través de quienes habían recibido el carisma del Espíritu.

La raíz última y la identidad de las Iglesias que viven en comunión arranca del acontecimiento de Pentecostés (Hch 2): del dinamismo aportado por el Espíritu irán brotando multiplicidad de Iglesias. La diversidad de pueblos (de lenguas) que allí se hace presente, por medio de los judíos de la diáspora que habían acudido a Jerusalén, anticipa las regiones en las que irán surgiendo las distintas Iglesias. **La Iglesia de Jesucristo será siempre la misma, pero se realizará concretamente en diversos lugares.**

Pablo será el exponente privilegiado de esta fidelidad a Pentecostés. Su concepción étnica de la misión es la puesta por obra de la exigencia de Pentecostés: la Iglesia irá naciendo en los diferentes lugares, allí donde haya una raza o una cultura en la que no haya sido anunciado el Evangelio; la convocatoria dará origen a una nueva Iglesia local.



III. La Iglesia local, al servicio de la misión universal

La Iglesia local surge de la misión universal y vive para ella. Tuvo su origen en la acción de un misionero que, movido por el Espíritu, vino de fuera. Por fidelidad a su acontecimiento fundador, esa misma Iglesia debe responsabilizarse del envío de algunos de sus miembros para que se mantenga el dinamismo del Evangelio.

Si este mencionado rasgo es tan esencial a la vida de las Iglesias locales, éstas deben estructurarse y articularse desde la misión y necesitan reafirmar y redescubrir este compromiso precisamente en estas circunstancias históricas de marcado acento localista.

Puede ser que las Iglesias locales se sientan desbordadas por las urgencias y por las necesidades más inmediatas y que esto provoque como una especie de repliegue ante la inmensidad del horizonte de la misión. Ante esta tentación es bueno recordar que cada Iglesia existe en el dinamismo de una evangelización que ha de tener como horizonte el mundo entero.

Es necesario y urgente que cada Iglesia local plante su pastoral desde una perspectiva misionera. Si el ejercicio de la misión universal es fuente de rejuvenecimiento de las Iglesias, la perspectiva misionera ha de impregnar toda la pastoral. Todos los organismos diocesanos deberían incorporar la perspectiva universal.

IV. Misiones Diocesanas

Las Misiones Diocesanas no pretenden suplantar los diferentes cauces establecidos para los sacerdotes diocesanos que quieren ejercer su ministerio en la misión.

Nacen con el afán de ofrecer una vía más, a fin de que los sacerdotes **enviados por el obispo** diocesano mantengan no sólo la incardinación en su diócesis, sino que vivan permanentemente su **diocesaneidad**, es decir, el contacto permanente con la diócesis de origen a través de las visitas del obispo, delegado de misiones y vicario de pastoral, así como la continua información de lo que ocurre en la diócesis, y la integración total en la tarea pastoral de la diócesis de destino.

Entre las dos diócesis se establecen acuerdos de colaboración. Tales acuerdos de colaboración, llamados *contratos* en unas diócesis y *convenios pastorales* en otras, dejan claro que el equipo sacerdotal debe permanecer unido ejerciendo su trabajo en la zona pastoral a él encomendada hasta el momento en el

que se crea conveniente –previo acuerdo entre los dos obispos– un cambio de lugar.

El fundamento de las Misiones Diocesanas es la cooperación entre dos diócesis que se comprometen a colaborar estrechamente. En este intercambio, ambas diócesis se enriquecen. Ambas aportan y, por consiguiente, ambas reciben. En esta cooperación, nadie se debe mostrar por encima de nadie, y nadie debe sufrir complejos ni de superioridad ni de inferioridad. Quizás todavía estemos en un momento en el que una parte aporta más medios económicos, materiales y personales. Pero la cooperación, continuada en el tiempo, debe reportar frutos en ambas direcciones (*cf. La misión 'ad gentes' y la Iglesia en España*, p. 61).

El sacerdote diocesano que ejerce su ministerio en un territorio de misión sigue siendo miembro del presbiterio de su diócesis y durante su estancia en misión se incorpora a un presbiterio local que lo acoge en su seno.

Para la reflexión personal

Hemos reflexionado sobre la Iglesia local –la diócesis– que nace de la misión y está al servicio de la misión universal. Estamos, pues, hablando de la primera evangelización, es decir, de cómo fueron surgiendo las distintas comunidades o Iglesias locales.

- 1 Nos podemos acercar a la comunidad de Antioquía en Hechos 13,1-3. Veamos también las comunidades del Apocalipsis (capítulos 2 y 3). ¿Cuál es la situación de estas comunidades? ¿Qué dificultades tienen que superar?
- 2 Después de leer el capítulo 2 de Hechos, recorremos el mapa de las comunidades fundadas por Pablo.

Para el trabajo en grupos

Para impulsar el compromiso misionero en la comunidad diocesana, se proponen aquí diversos caminos en los que el grupo debe plantearse su colaboración:

- 1 Promover una mayor formación misionera de los fieles, incluyendo esta dimensión en la catequesis y la predicación.
- 2 Dar a conocer mejor la problemática y la acción misionera de nuestra diócesis y de la Iglesia en general.
- 3 Fomentar el contacto con nuestros misioneros, aprovechando sobre todo su estancia entre nosotros para enriquecernos con su experiencia.
- 4 Crear en las parroquias grupos de animación misionera.

TESTIMONIO

ATENTOS A LA LLAMADA DE DIOS

Mi nombre es Bakarne Zabala Arriola. Pertenezco al Movimiento Juventudes Marianas Vicencianas y a Misioneros Seglares Vicentinos. Tengo 29 años y estoy casada desde hace un año. He estado viviendo junto al pueblo cochabambino (Bolivia) durante cuatro años, concretamente con los niños, adolescentes que viven y/o trabajan en las calles de Cochabamba.

Desde pequeña he sentido la llamada del Señor a optar por aquellas personas que no han tenido la misma suerte que yo: tener una familia que te quiere y te demuestra cada día lo que significa la palabra *amor*, tener educación, un hogar...

Tuve la suerte de estudiar en un Colegio de la Hijas de la Caridad, donde comencé a tener contacto con el Movimiento. Dios me llamó por mi nombre. El Señor me escogió. A pesar de darle yo muchas calabazas, Él continuó tocando mi puerta hasta que la abrí. Entre los dos se ha establecido una relación de amor, de compromiso y diálogo que durará toda la vida. Dios llama, pero muchos permanecen sordos a su voz. Dios llama para algo, no para amargarle a una la existencia, sino todo lo contrario, para que sea feliz. Si la vocación que vivimos, sea cual sea, no nos hace felices y libres, quiere decir que no es verdadera vocación.

Después de un tiempo de discernimiento, di respuesta a la llamada de Dios, y es entonces cuando aparecieron los miedos, el ser “una extraña” con los que hasta entonces habían sido mis amigos, mi familia, mi gente. No entendían cómo podía dejar mi nivel de vida, mi trabajo..., frente a la incertidumbre de mi futuro (ya que los laicos misioneros no contamos con una congregación que nos acoja a nuestra vuelta, no contamos con un sueldo mensual...). Pero recordaba lo que se nos dice en Hechos de los Apóstoles 1,8: “*Recibiréis una fuerza, el Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, para que seáis mis testigos...*”.

Desde que tomé la decisión de irme a la misión *ad gentes* de forma permanente, hubo todo un proceso de formación. Es tu comunidad eclesial la que decide si puedes dar ese paso o todavía no estás realmente preparada. Y tras pasar unos escrutinios, participé en el curso de preparación que ofrece la Escuela de Formación Misionera en Madrid. Para poder ir por un período mínimo de dos años (o más estable), anteriormente tienes que tener una experiencia temporal de dos meses por lo menos. Tras tres meses de formación (que es bien importante para el laico misionero) y vida comunitaria en Madrid, fui destinada a Cochabamba, a una comunidad de laicos vicencianos.

Actualmente me encuentro en España, pero aquí también me siento misionera, ya que la vocación misionera no es algo temporal de misiones *ad gentes*. La vocación misionera es para toda la vida. Pienso que es un gran reto ser misionera en tu propio país, y más ahora, viendo cuál es la situación española tanto a nivel material como espiritual. Cada vez hay más jóvenes a los que les da igual cómo vivir; lo importante para la gran mayoría es la felicidad momentánea, aunque para ello tengan que pisar al hermano. Nuestra sociedad, a pesar de ser científicamente muy avanzada, está generando hombres y mujeres que viven una existencia triste y sin esperanza porque desconocen la voz de Dios. Por eso, hoy día, los misioneros laicos tenemos que ser testigos del Amor de Dios a través de nuestra vida, en nuestros trabajos; en nuestras familias, ser educadores cristianos... Las actividades de la vida cotidiana deben considerarse como ocasión de unión con Dios y cumplimiento de su voluntad.

BAKARNE ZABALA ARRIOLA

Juventudes Marianas Vicencianas (JMV), Bolivia
(CEM, *Actas del Congreso Nacional de Misiones*, pp. 571-3)

ORACIÓN

Leer Hechos de los Apóstoles 2,22-24 (anuncio del KERIGMA). Silencio contemplativo. Compartir: ¿de qué manera hemos experimentado la resurrección en nuestra vida?; ¿de dónde recibimos la fuerza para ser anunciadores de buenas noticias? Todos:

A pie descalzo,
despojados de las sandalias,
así entramos en esta aventura, a pie descalzo,
paso a paso, como niños que empiezan a caminar,
así abrimos camino.

A pie descalzo,
buscando la originalidad, la pureza,
las raíces, así caminamos.
A pie descalzo, desnudos de postizos,
de parches y adherencias, así caminamos.

A pie descalzo,
con sencillez, sin hacer ruido,
sin afán de dejar pisadas para que otros nos sigan,
caminamos con el corazón en vilo,
entrando en lo desconocido, en lo que no se mide,
en lo que vale, en lo no comerciable,
así entramos en la aventura de llegar a Dios,
de experimentarlo, de sentirlo cercano, amigo...,
fascinados por lo desconocido y atraídos por lo trascendente.

A pies descalzos,
como peregrinos, buscando el sentido último de la vida
y la razón última para vivir.
Pie descalzo, paso a paso, sin desmoralizaciones,
conscientes de la necesidad de orar
y de la audacia que significa abrir caminos,
confiados en la luz y fuerza del Espíritu.